CRIMEN POR MISERICORDIA

por Alberto S. Insúa

autor de «UNA GOTA DE SANGRE EN LA BLANCURA DE TU PIEL (I)», «LA HORA DEL DESQUITE» y «EL ASESINO DE LA SECCION DE ANUNCIOS POR PALABRAS»

«El hombre es un lobo para el hombre»
Thomas Hobbes

Yo había estado muy ocupado en el último plenilunio. Demasiado ocupado. No menos de tres personas habían muerto despedazadas de forma horrible, con el cuerpo desgarrado por múltiples dentelladas. Curiosamente, cada bocado suponía una gran porción de carne desaparecida, evidentemente devorada. No faltaban señales de zarpas que el forense estudió con sorpresa y fue incapaz de atribuir a ningún animal conocido. Eran demasiado afiladas para ser de lobo y demasiado grandes para pertenecer a pequeños felinos. Había sangre, pero no demasiada, como si el animal la hubiera sorbido de las heridas. En resumen, las autoridades no sabían a qué atribuir tan espantoso crimen. Las víctimas, suficientemente alejadas unas de otras, habían muerto en intervalos sucesivos de un par de horas. Es decir, a lo largo de toda la noche. Imposible pensar que el responsable de tal carnicería fuera un ser humano. Debía tratarse de un animal grande, de una bestia salvaje, gigantesca y dañina. Pero, ¿cuál? Nadie era capaz de dar respuesta al dilema de hombre o animal. Nadie, salvo yo, sabía que ambas respuestas eran correctas

Acababa de llegar de Estados Unidos, de vacaciones, y el azar nos había reunido. Yo llevaba ventaja porque le conocía. Sabía muy bien lo que le sucedía en las terribles noches de plenilunio, cuando la maldición del pentágono grabado en su piel, junto a su corazón, le transformaba en la más sanguinaria de las criaturas, cuando su boca babeante se abría dejando al descubierto sus terribles caninos de carnicero. Sabía cómo su cuerpo se cubría de espesas cerdas negras, cómo sus orejas crecían, afilándose, y sus uñas humanas se alargaban adquiriendo la dureza quitinosa de la zarpa de un felino. Conocía todas y cada una de las características en que se materializaba el hombre lobo y cómo la fiereza de la bestia se unía a la astucia malvada del ser humano.

Yo sabía lo que había pasado. En su furia diabólica había conseguido romper las cadenas y escapar al campo. Luego, una tras otra, había asesinado a sus víctimas. Me bastaba cerrar los ojos para sentir el acre olor de la sangre manando de sus fauces insaciables, para verle morder con saña, devorar la carne rota, los corazones partidos, las madejas sedosas de tibios intestinos; y alejarse luego, en busca de nuevas víctimas, dejando tras de sí un rastro de roja espuma.

Sabía también, que una vez oculta la Luna, todo ese proceso, se había tornado inverso, y que, de nuevo en forma exclusivamente humana, habría llorado, limpiando con sus lágrimas la sangre involuntariamente derramada, mientras buscaba rápidamente el refugio

de su hogar maldito, del triste caserón convertido en lobera que había alquilado, y que una vez en él, habría lavado su cuerpo borrando las huellas del crimen, quemado sus ropas destrozadas y aguardaría solo y maldito, el plenilunio siguiente.

Pero yo tenía tiempo suficiente, más de veinte días para hacer que todo acabara. Así que decidí acercarme a su casa, sin grandes esperanzas de que me recibiera. Y lo conseguí al tercer intento. Cuando abrió la puerta nos miramos sin hablar. Fue él quien rompió el hielo.

—¿Qué desea?

—¿Señor Daninsky? Me llamo Talbot. Larry Talbot.

Pegó un respingo al escuchar mi nombre. No era para menos. Se echó a un lado e intentó, inútilmente sonreír.

—Pase, Larry…

Sin darse cuenta me había llamado por mi nombre, como si fuéramos viejos amigos. Bueno, era lógico, que me conociera. Como yo a él. En silencio me condujo hasta el salón y me señaló un confortable sillón que ocupé inmediatamente. El permaneció de pie, en silencio. Me miraba, estudiándome. Por fin se decidió a hablar.

—¿Y bien…?

—El azar nos ha reunido. Es lógico que nos conozcamos. —Mi respuesta no pareció convencerle.

—¿El azar?

—Desde luego. Yo estoy… de vacaciones, si es que pueden llamarse así. No tenían la mínima idea de encontrarle, pero después de lo de la otra noche…

—¡Cállese! —gritó fuera de sí.

—Como quiera. Pero es precisamente de eso de lo que he venido a hablarle. Seamos sinceros, Valdemar, usted y yo somos los únicos capaces de entender lo que nos pasa. Y de buscar remedio. —Me miró con recelo. Era lógico. Un individuo llega, da un nombre, y pretende que se le abran todas las puertas. Así que para disipar sus dudas me desabroché la camisa. El miró la marca del pentágono sobre mi pecho.

—Comprenda mi desconfianza. ¿Sabe? En el fondo tenía miedo de que usted no fuera en realidad Larry Talbot. Y también de que lo fuera. Ahora…

—Ahora ya lo sabe. No soy un impostor que ha descubierto su secreto por casualidad. Nobleza obliga. Espero que usted haga lo mismo.

—¡Desde luego! —exclamó mientras se desabotonaba la camisa.

El pentágono estaba allí. Esta vez sí consiguió sonreír.

—¿Se quedará a comer?

—Bueno, es la mejor manera de charlar. ¿No cree?

La cena pronto estuvo lista, y la ausencia de carne en el menú me resultó divertida. El apenas probó bocado. Y en cambio hice honor a los manjares. Luego, empecé a hablar sin parar.

—Mire Valdemar, he pensado mucho sobre esto y he llegado a una serie de conclusiones. Me gustaría conocer su opinión. Para empezar le diré que he cambiado de oficio. Ahora soy periodista. Eso me da movilidad y evita que nadie me controle. Y, a fin de cuentas, también un hombre lobo tiene que ganarse el pan. No hay luna llena todos los días.

—Es usted un cínico —dijo entre enfadado y sorprendido.

—¡A la fuerza ahorcan, compañero! No todos tenemos la suerte de vivir de renta, como usted. Vamos, no se enfade y déjeme ir al grano. ¿Ha leído «El extraño caso del doctor Jekyll y Mister Hyde»?

—Sí, claro.

Era evidente que no mentía. A pesar de ser un hombre de pocas palabras se adivinaba en él una no despreciable cultura y una gran sensibilidad. Esperó a que reanudara mi charla mientras me miraba con sus grandes ojos negros y profundos. Yo recordé cómo esos

mismos ojos se inyectaban en sangre y se cubrían de arterias rojizas en el estertor premonitorio. Recité de memoria:

—«Me sentí, al primer aliento de esta nueva vida, más perverso, cien veces más perverso, y esta idea era como un delicado vino que me tonificara». ¿Recuerda ese párrafo? Es de la confesión del doctor Jekyll.

—Desde luego que lo recuerdo. Aunque no tan literalmente como usted. ¿A qué viene ese alarde de erudición?

—Viene a que me gustaría saber qué opina de él y si le sugiere algo…

Reflexionó antes de contestar.

—Bueno, Jekyll es un arquetipo. Desde luego no el bien y el mal, sino la represión y los impulsos primitivos. Si bien se mira, los excesos de Hyde podían escandalizar a la sociedad victoriana, pero ahora son un juego de niños.

—¡Exacto! —exclamé— pasa lo mismo con el retrato de Doran Gran de Tilde. Pero el hecho de que ambos pinten una maldad pasada de moda no invalida el análisis. Stevenson defina muy claramente dos cosas: que hay un fondo de maldad en todos los hombres, y que ejercer esa maldad supone un gran placer. ¿Okay? —Me miró tratando de comprender el sentido último de mis palabra.

—No alcanzo a comprender hasta dónde quiere llegar.

—¡Pues es bien simple, colega! No sé si el hombre es malo desde la cuna, o resulta que la sociedad le corrompe. Me es lo mismo. El caso es que la maldad está ahí, reprimida, y cuando menos se piensa, ¡zas!, cualquier ciudadano de apariencia bondadosa se convierte en una bestia salvaje. En los últimos años he sido corresponsal de guerra, ya sabe, Vietnam, Pakistán, Líbano, Nicaragua, El Salvador, y le juro que nuestras locuras de plenilunio son un juego de niños comparado con aquello. ¿Ha visto alguna película o alguna foto?

—Sí, las he visto.

—Entonces, estará de acuerdo conmigo. Un soldado apoya el fusil en la sien de una pobre vieja y dispara. Otros se fotografían rodeados de cabezas cortadas. Hay quien se come el hígado de los enemigos. Gente abrasada con lanzallamas, mutilados, castrados. Hay para dar y tomar. AL lado de esos chicos heroicos que luchan por la democracia, o, por lo que sea, nosotros somos unos angelitos. —Vi que estaba a punto de llorar, no sé si de tristeza o de indignación por mis palabras. Pero no estaba dispuesto a dar cuartel, así que continué.

—Como ve, el filósofo tenía más razón que un santo. Homo, homini, lupus. El hombre es lobo para el hombre. Aunque los únicos alobados seamos usted y yo.

—¡Eso no nos justifica, ni elimina nuestra tragedia! —exclamó indignado—. Repito que es usted un cínico.

—Sea. Pero espere que no he terminado. La droga que tomaba Jekyll sólo le liberaba de sus inhibiciones. Se en aquel tiempo hubiera estado de moda, yo diría que se piraba con cualquier alucinógeno. El resto de la gente se dedica a sublimar el mal como puede. ¿De dónde si no el auge de las novelas violentas del cine de acción y del género de terror? ¿No será tan ingenuo que piense que el espectador o el lector se identifican con la víctima? Se identifican con el asesino, con el vampiro que chupa la sangre, o con cualquiera que en la ficción haga lo que ellos no se atreven a hacer. Pero, déjeles sueltos…

—Sigo sin comprender hasta donde quiere llegar.

—No se apure. Ya termino. Nosotros, como cualquiera, damos rienda suelta a nuestros impulsos asesinos, de vez en cuando. Y luego, tan normales. Desde luego, es una lata que sea a plazo fijo, en cada plenilunio, y que, además nos salgan pelos por todas partes. ¡Qué se le va a hacer! También tenemos la ventaja de ser indestructibles. Aunque eso último no esté muy claro. Sí, para matarnos hacen falta balas de plata, pero yo no tengo nada seguro que el paso del tiempo no nos vuelva ancianitos y acabemos agonizando de cáncer o de pulmonía. Si se fija, en ninguna película de hombres lobos se ve que después del disparo fatal el hombre lobo se vuelva un cadáver de polvo que se lleva el viento. Eso

queda para Drácula y sus congéneres.
Me miró anonadado mientras musitaba:
—¡Ojalá tenga razón!
—¡Vamos, vamos…! ¡No me diga que su desesperación es tanta que desea morir!
—Se lo digo —contestó.
—Pues lo tiene usted muy fácil. Un revólver y…
—Suicidarse no es fácil. Hay que tener valor para ello. Sollozó mientras se tapaba la cara con las manos. Al hacerlo, derramó su copa y el vino rojo se extendió por el mantel como una gigantesca mancha se sangre.
Yo guardé silencio. Me di cuenta de que la reunión tocaba a su fin. El descubrió sus ojos llorosos y exclamó.
—¡Váyase!
Me levanté lentamente con la mano metida en el bolsillo.
—Lemento haberle entristecido, Valdemar. Ha sido una velada muy agradable. Ya me marcho, no se apure. Sabe, usted es un romántico incorregible, un ser de otro mundo. Tarde o temprano lo abandonará y su tragedia habrá concluido. Desgraciadamente, yo soy diferente. Me gusta vivir. Eso significa que estoy dispuesto a aceptar las circunstancias a tragar con la podredumbre. Ha sido una velada muy agradable y una cena magnífica. No sé cómo agradecérselo. Aunque, tal vez…
Saqué el revólver del bolsillo. El me miró atónito. Luego disparé. Una vez tras otra, hasta seis, mientras exclamaba.
—Desde luego, las balas son de plata.
Rodó por el suelo, definitivamente muerto. Ya nunca más miraría con horror la luna llena, ni sentiría crecer sus uñas y sus colmillos, ni el escozor del vello negro saliendo por la piel.
Le maté por varias razones: porque sufría y yo soy incapaz de no hacerle un favor a un amigo, porque este mundo no era para él. Es demasiado violento, y hasta un hombre lobo menos duro que yo se sentiría incómodo. Y también, porque hay que eliminar la competencia. Yo estaba dispuesto a pasar unas vacaciones tranquilas, y dos hombres lobo en lugar tan pequeño es demasiado. Tarde o temprano empezarían las complicaciones.
Salí cerrando la vieja puerta con llave. Al hacerlo me acordé de un viejo truco, así que volví a abrir, entré y recorrí la casa cerrando todos los huecos por dentro, a cal y canto. Luego dejé el revólver vacío en el suelo, limpio de huellas dactilares, lo suficientemente alejado del cadáver para que ningún policía por imbécil que fuera, pensara en que se había suicidado pegándose seis tiros. Luego, busqué un trozo largo de bramante. Desde dentro saqué los dos cabos por el agujero de la cerradura, y pasé el bucle doble por debajo de la puerta. Salí de nuevo, cerré la puerta y di la vuelta a la llave. Esta estaba presa por su ojo en la cuerda doble. La deposité en el suelo y tiré de los extremos del bramante. La llave desapareció por debajo de la puerta, y luego la oí rascar mientras trepaba a lo largo de la madera. Cuando la cuerda se puso tensa maniobré hábilmente unas cuantas veces, hasta que sentí cómo la gran llave de hierro se encajaba en la cerradura. El ojo era lo suficientemente amplio para que el bramante, una vez suelto uno de los extremo, saliera con toda facilidad.
—¡Ya estaba desentrañado el enigma de la habitación cerrada!
Así que me largué tan contento. ¡Que trabaje la poli, que para eso la pagan! Me quedé mirando la luna, en cuarto menguante. Faltaban más de veinte días para el próximo plenilunio.
Por cierto, creo que, he dicho que en el anterior hubo tres víctimas. El pobre Valdemar, que en paz descanse, y nunca mejor dicho, sólo fue responsable de dos de ellas.